

# STAR WARS

## THE HIGH REPUBLIC



# TORMENTA CRECIENTE

## CAVAN SCOTT

 Planeta Cómics



TORMENTA CRECIENTE



Cavan Scott

 Planeta

Disney · 



# CAPÍTULO UNO

## LOS PÁRAMOS DE RYSTAN

Un cometa se estrelló contra la superficie de hielo y desató una devastadora reacción en cadena. Los asteroides y rocas espaciales chocaban entre sí como si fueran bolas de billar. La única diferencia era que la mayoría de aquellas bolas pesaban millones de toneladas y podían aplastar una nave como si fuera un huevo. Las que no fueron completamente aniquiladas por los impactos fueron reducidas a esquirlas y pedazos de metal que se añadían a la vorágine destructiva.

Nadie entraba en el páramo de Rystan sin más. La superficie de hielo estaba repleta de los restos de las naves que se habían estrellado al intentar atravesar aquella vía de astros chocantes y fracasar. En los mejores días, aquella era una empresa peligrosa y estúpida. En un mal día, era suicida.

Aquel era un muy, muy mal día.

El *Araña Borrascosa* esquivaba los asteroides que se precipitaban hacia él. Era una nave pequeña, no mucho más grande que una lanzadera, pero era tan rápida y manejable como cualquiera de los Vectores de los Jedi. De hecho, cualquiera que

observara aquella nave de arácnido diseño podría pensar que era un Jedi quien la piloteaba. ¿Quién si no tendría semejante manejo ante aquel paisaje espacial en constante cambio, girando a babor y a estribor para evitar ser pulverizado por enormes bolas de hielo?

Pero la persona que se sentaba a los controles no podía haber sido más distinta a un Jedi. Los Jedi eran defensores de la vida y la luz en toda la galaxia. Vivían para los demás, nunca para sí mismos, y mantenían la paz y la armonía allá por donde iban. En resumen, eran héroes.

Udi Dis, por otro lado, había nacido talortai, pero ahora se identificaba como Nihil. Era tan robusto como alto, y había dedicado su vida a la piratería y al saqueo, a tomar cuanto quería y diezmar lo que sobraba. No era una vida honorable, pero era la única que conocía, y le había dado un lugar en un universo que no había hecho más que escupirle a la cara.

Lo único que Dis tenía en común con los Jedi era su conexión con la Fuerza. Muchos tarlotais eran sensibles a aquel campo de energía que mantenía el universo cohesionado y en su sitio, pero los de su especie no tendían a utilizarla, los muy cobardes. Decían que no les correspondía, que de algún modo hacerlo era inmoral. Dis nunca comprendió por qué. Si eras lo suficientemente afortunado como para tener esta o aquella habilidad, ¿por qué no ibas a usarla, a aprovecharla en tu beneficio para tener ventaja frente al resto? Esa era la razón por la que la mayoría de talortais estaban condenados a permanecer donde estaban, llevando una existencia insulsa y exigua mientras él estaba allí, entre las estrellas. Por supuesto lo habían decepcionado muchas veces, algunas fueron los demás y otras fue él mismo, pero la Fuerza jamás lo había traicionado, ni una vez. Sin duda la vida habría sido mejor si no se hubiera enganchado al reedug, pero ahora estaba sobrio y nunca se había sentido tan vivo.

Dis apretó los controles con las manos crispadas y su brazo musculoso tenso para hacer que el *Araña* girase a estribor,

aptitud que le sirvió para esquivar unos escombros que con cualquier piloto menos experimentado habrían acabado con la nave y con todo el que fuera a bordo. Pero Dis conocía aquel páramo como la palma de su mano emplumada a pesar de que nunca había pilotado en esa zona. Los talortais tenían un sentido innato para la orientación, sentían las vibraciones del cosmos en sus huesos, pero el talento para el pilotaje de Dis estaba a otro nivel. Gracias a él era capaz de percibir la posición de cada asteroide en el área. No necesitaba mapas ni un navidroide. Todo cuanto necesitaba era la Fuerza.

A sus espaldas, la puerta de la cabina del *Araña* se deslizó y dejó entrar el aire viciado de los concurridos pasillos de la nave. Dis no se volvió para ver quién era. No hacía falta. Oyó el roce de las botas en el suelo de la cubierta, captó el arrullo de la capa a través del aire, y sus plumas se erizaron como reacción a la presencia del hombre al que se había comprometido a servir de por vida.

Marchion Ro.

El Ojo de los Nihil.

¿Le sorprendió que Ro lo buscara a él para aquella misión? Por supuesto que sí. Ni siquiera tenía claro que el Ojo conociera su nombre, mucho menos sus habilidades como piloto. Dis había pasado los últimos años sirviendo en el Nubenave de un crocin boca de sierra que se hacía llamar Scarspike, un matón que pasaba más tiempo torturando a su tripulación que planificando asaltos. Y se notaba. Dis había matado a Scarspike tras un ataque fallido en la luna funeraria de Serenno. Ese día perdieron tres Nihil, pero Scarspike perdió más: Dis le rajó su cuello flacucho de un tajo con su vuelahoja. Dis no tenía ni idea de si había sido la matanza del Nube lo que llamó la atención del Ojo por primera vez. Quizá sí, quizá no. Lo único que sabía era que de pronto se vio ascendido por encima de los Rayos y los Nubes y todos los rangos de los Nihil para pasar a formar parte del séquito personal de Ro. Su auge no pasó inadvertido. Los Nihil se regían por una jerarquía muy estricta.

Empezabas como un Rayo raso y te esforzabas por llegar a ser Nube y finalmente Tormenta. La horda Nihil se organizaba en tres Tempestades y cada una era comandada por un Jinete de la Tempestad. Estaba Pan Eyta, un dowutin con ideas fuera de su alcance, la eficaz y gélida twi'lek Lournna Dee, y la última incorporación, un taimado talpini al que llamaban Zeetar. No era exagerado decir que el ascenso del talpini había desencajado el rostro de Pan. Y el repentino ascenso de Dis solo acentuó aquella reticencia. Pan y Dis habían estado a punto de llegar a las manos cuando el primero dijo que Dis ponía en riesgo la Doctrina Nihil de los Tres. A diferencia de los Jinetes de la Tempestad, el Ojo no debía tener equipo propio. Sí, tenía el voto decisivo cuando se elaboraban los planes, y sí, era quien proveía a los Nihil de Caminos para evitar conflictos con la República (la mayor parte del tiempo, al menos). Dis sospechaba que, si no fuera por esos Caminos, Pan ya habría lanzado a Ro por una escotilla hacía tiempo, pero las ayudas de navegación eran demasiado valiosas. Les concedía ventaja, por lo que las quejas de Eyta caían en saco roto. Dis fue llamado a bordo de la vasta nave insignia de Ro, el *Eléctrica Mirada*, cuyo mantenimiento corría principalmente a cargo de una tripulación de droides silenciosos que se movían por entre los muchos camarotes vacíos de aquella especie de palacio deshabitado. Fue allí, en el santuario de Ro, donde Dis descubrió que se dirigían a Rystan en una misión secreta. No se habían llevado el *Mirada* consigo, claro, aquella nave rara vez abandonaba la base de los Nihil en Grizal, e incluso en esas ocasiones se dividía en dos de forma que la primera mitad se convertía en una segunda nave independiente que dejaba el grueso de la nave atrás, pero ni siquiera eso era lo suficientemente práctico como para salir de aquel campo helado enteros. Necesitaban algo más pequeño. Necesitaban el *Araña Borrascosa*.

—¿Cuánto falta para que se despeje todo esto? —quiso saber Ro mientras colocaba la mano en el respaldo del asiento de Dis.

—Solo unos minutos, mi... —Dis giró en su silla para encarar a su superior—. Todavía no sé cómo llamarlo. ¿Mi Ojo? ¿Mi señor?

Los labios de Ro se curvaron ante la evidente incomodidad que se detectaba en la voz de Dis. Sus ojos oscuros relucían con la luz rojiza que emitía uno de los paneles.

—Puedes llamarme... Marchion.

A Dis le dio un vuelco el corazón. No estaba hecho para las cadenas de mando, y quizá por eso había pasado tanto tiempo siendo un Rayo; eso y que los últimos años estaban empañados por su adicción al reedug. Pero ahora habría que verlo, tuteándose con el mismísimo Ro. Nadie llamaba Marchion al Ojo, ni siquiera Pan.

—Sigo pensando que habría sido más fácil usar uno de los Caminos —dijo Dis cuando por fin sacó el *Araña* de aquella trampa de hielo hacia la moribunda estrella de Rystan.

Ro se dirigió al puesto de artillería para recuperar su máscara, que había permanecido ahí desde que se fueron del Gran Salón.

—Pero entonces no habría visto a un maestro en todo su esplendor —replicó el Ojo mientras frotaba el visor de su máscara con la manga—. Eres todo lo impresionante que tus genes sugerían que serías, sobre todo ahora que te has librado de tu... manía.

Sí, sin duda estaba libre de aquello. Ro hizo que Dis se deshiciera de las pocas reservas que tenía de aquello y las tirase a un condensador de residuos a bordo del *Mirada*. Su mente estuvo lúcida por primera vez en años y sintió su conexión con la Fuerza más intensamente que nunca. Era imposible que hubiera logrado superar aquel campo de hielo con la mente obnubilada. Le debía mucho a Ro.

—Y pensar que durante todos estos años hemos tenido a un usuario de la Fuerza con nosotros... —continuaba Ro mientras revisaba los filtros de su máscara—. Scarspike fue un necio. Me alegro de que esté muerto.

«No eres el único», pensó Dis, pero se guardó el comentario y dejó que la nave se adentrara en la atmósfera de Rystan.

—¿Alguna vez has estado en un mundo de eje bloqueado? —preguntó Ro. Dis sacudió la cabeza—. Son fascinantes —le dijo el Ojo—. Uno de sus hemisferios está siempre de cara al sol, por lo que su superficie es poco más que un desierto carbonizado.

—Mientras que la otra es un páramo congelado —completó Dis sin que aquel territorio ruinoso le inspirara mucha confianza—. Entonces, ¿dónde aterrizamos?

Ro señaló una zona de tierra apenas habitable que se erigía entre los dos extremos.

—Ahí.

—¿Hay un puerto espacial?

—No exactamente.

Ro los dirigió a un área de tierra salpicada por retazos de hierba.

—¿Estás seguro de que es *aquí*? —inquirió Dis mientras se desplegaba el tren de aterrizaje—. Aquí no hay nada.

Ro se limitó a sonreír justo antes de colocarse la máscara sobre el rostro.

—Oh, te sorprendería...



## CAPÍTULO DOS

### LOS ASTILLEROS DE CYCLOR

No mucho tiempo atrás, el padawan Bell Zettifar se habría emocionado ante las vistas que se extendían ante sus ojos. Se encontraba en una plataforma de observación en el hangar más grande en el que jamás había estado, que solo era una parte de los inmensos astilleros que orbitaban alrededor de Cyclor, un planeta marrón verdoso relativamente pequeño en el Borde Medio. A sus pies, con un resplandor intenso provocado por los focos, se veía la superficie pulida de duracero del *Innovador*. La nave espacial, que no despegaría hasta pasadas unas horas, era una maravilla tecnológica. Con más de trescientos metros de largo, contaba con el último equipamiento médico y científico. El *Innovador* era, simplemente, la nave más sofisticada que se había construido nunca, un dato que su diseñador, el afamado ingeniero aqualish Vam Targes, compartió con Bell cuando llegó al astillero.

—Funciona con una red de no menos de cuarenta y dos procesadores droide intellex, ¿sabes? —le dijo Targes mientras paseaban por el enorme centro de operaciones en una visita de

presentación. Su codificador de voz emitía un suave zumbido cada vez que traducía algo de la lengua materna de Vam al idioma estándar.

—Eso es muy... impresionante —dijo Bell, y la respuesta que obtuvo fue que era más que eso. ¡Era formidable!

—Toda la red se nutre de un marco multimoción de mi cosecha, uno que rivaliza con el de los Archivos Jedi en Coruscant, aunque esté mal que yo lo diga.

Bell no sabía si eso era cierto, pero no quiso contradecir al ingeniero. Aquel era su momento de gloria, después de todo, aunque lo sería mucho más cuando el *Innovador* llegara a Valo en un par de días. La nave sería una pieza de exhibición en la Feria de la República que tendría lugar dentro de poco, el último gran proyecto de la canciller Lina Soh. Pronto, los millones de asistentes al festival quedarían fascinados por el logro de Targes, y si en algo se parecían a Bell, les deslumbraría. El *Innovador* podía presumir de tener talleres cibernéticos de vanguardia junto con múltiples laboratorios de bioingeniería, así como centros de análisis, complejos de investigación y una biblioteca médica solo superada por la del Instituto Docha en Dunnak.

Pero, por muy extraordinario que fuera aquel vehículo, y sin duda lo era, no era nada comparado con quienes lo habían construido remache a remache. Los cyclorrianos eran una maravilla, distintos a cualquier especie que Bell hubiera visto hasta la fecha. De naturaleza que recordaba a los insectos, medían un metro de alto y sus cabezas estaban coronadas por unos ojos que parecían bolsas, similares a los de las moscas que zumbaban en los pasillos del puesto avanzado de Elphrona, donde Bell recibió la mayor parte de su adiestramiento. Contempló cómo pululaban sobre el casco reluciente para realizar las últimas comprobaciones; cada cyclorriano trabajaba al unísono con sus compañeros sin necesidad de cruzar una sola palabra. Era increíble. Parecían saber exactamente qué tarea era precisa sin molestarse unos a otros, complementándose a la perfección. El entusiasmo por su trabajo era contagioso. En las

veinticuatro horas desde su llegada, Bell no había visto quejarse ni a un solo cyclorriano, pese a la reputación que Targes tenía de ser un capataz estricto. Los insectoides seguían trabajando hora tras hora, con sus antenas sacudiéndose alegremente mientras saltaban de una tarea a otra. Era inevitable sonreír ante su presencia. Y eso era justo lo que Bell necesitaba, sobre todo en esos momentos.

A su lado, Ascu se agitó. La charhound estaba sentada pacientemente a sus pies, y era su compañera incansable desde que habían dejado Elphrona. Comenzó su vida como una perra callejera que fue adoptada por los Jedi elphronianos, lo que la llevó a ser al principio una mascota y finalmente una amiga leal hasta el final. Cuando Bell se fue de Elphrona, Ascu se encaramó a su Vector sin más, con la clara intención de permanecer a su lado. Y ahí estaba desde entonces, su guardiana y su confidente. Ahora se encontraba a sus pies, con la mirada expectante en dirección a la puerta de la plataforma de observación, que acababa de abrirse para que Indeera Stokes pasara. La vieja Jedi rio cuando Ascu se lanzó sobre ella y se apoyó en las piernas de la tholothiana antes de recibir una caricia en la parte inferior de su barbilla anaranjada.

—Sí, sí —decía Indeera—. Yo también me alegro de verte. Ahora abajo. Eso es. Buena chica, buena chica.

Ascu obedeció y volvió junto a Bell, que continuaba en el extremo de la plataforma. Bell la miró y le sonrió. La cola de la charhound, movida con entusiasmo, chocaba con sus botas.

—Estoy seguro de que le gustas más que yo —comentó cuando Indeera se situó a su lado.

—Ambos sabemos que eso es mentira —contestó ella, incorporándose a la espléndida visión que les ofrecía la nave a sus pies. Se apoyó en la barandilla y meneó la cabeza ante el espectáculo ofrecido por los incansables cyclorrianos—. Por todas las estrellas, te deja sin aliento, ¿verdad?

—Sin duda, Maestra. El *Innovador* es tan impresionante como quienes lo han construido.

Como siempre, Bell sintió una punzada al referirse a Indeera por su título. Y era cierto, ahora la tholothiana era su Maestra, pues había acordado sustituir a su antiguo Maestro, Loden Greatstorm, que había perecido en la defensa de un asentamiento contra los Nihil hacía casi un año. Su última conversación se repetía con frecuencia en su mente. Loden estaba en los controles de su Vector.

«Ya no soy tu Maestro, Bell. Eres un Caballero Jedi».

«No hasta que el Consejo lo oficialice y quiero que usted asista al acto».

Ahora eso no ocurriría jamás. Loden le dijo que se verían pronto pero no regresó del ataque. Nadie sabía qué había pasado cuando Loden abandonó su Vector, que había sido de los dos, para salvar a la familia Blythe de los Nihil. El Vector se vio reducido a partículas minúsculas por un cañón de los Nihil y Loden... bueno, simplemente desapareció. Indeera no dejaba de recordarle que los últimos deseos de su Maestro tenían que ver con que él se convirtiera en Caballero, pero Bell sabía que no estaba listo. ¿Cómo podía estarlo, con aquel vacío en el interior, como si le faltara algo?

—¿Bell?

Tragó saliva, repentinamente consciente de que Indeera lo estaba observando. Era su nueva maestra, al margen de lo raro que resultara. Y no debería. La conocía desde hacía años, habían luchado juntos y todo, y la respetaba más que a cualquier Jedi que viviera, lo cual era, por supuesto, el problema. Loden Greatstorm no iba a volver y eso estaba más que claro, pero no importaba cuánto admirase a Indeera: nunca podría reemplazar al noble twi'lek.

Bell esbozó una ligera sonrisa.

—Pensaba en lo entusiasmado que estará el público en la Feria de la República, cuando vean el *Innovador* por primera vez.

—Lo estará. ¿Y tú qué?

—¿Yo qué de qué?

—¿Tienes ganas de ir a Valo?

Él se removió con incomodidad, aunque con cuidado de no darle a Ascuá, que le acariciaba la pierna con su hocico, transmitiéndole calor a través de las botas.

—Estará bien ver a Mikkel y Nib. Y a Burry también, claro. —Eso era verdad. Ya pensaba en aquellos tres como sus amigos, sobre todo el wookiee Burryaga, a quien había llegado a conocer tras servir juntos en Hetzal.

—Claro —repitió Indeera, con su mirada amable todavía puesta en él—. Habrá muchas cosas que vivirán juntos. —Devolvió la mirada a la nave—. A Loden le habría encantado. Todo esto le habría gustado mucho. —A Bell se le formó un nudo en la garganta mientras la Maestra continuaba—. Me lo puedo imaginar aquí, con nosotros, mirando cómo trabajan los cyclorrianos, apreciando su talento.

La voz de Bell tembló bajo el peso de las emociones.

—¿Y qué crees que habría dicho? Si estuviera aquí.

La tholotiana apretó los labios.

—Creo que te elogiaría por lo brillante que está la hebilla de tu funda, te diría que sonrieras más a menudo y te recordaría que si quieres dominar el giro lateral deberías pasar al menos dos horas más en tu Vector todos los días.

Muy a su pesar, Bell no pudo evitar sonreír. La última frase era muy Indeera, que siempre parecía estar más contenta en el cielo que en la tierra.

—También te recordaría cómo los Jedi nos enfrentamos a la muerte de aquellos a los que amamos —prosiguió, y la sonrisa de Bell enseguida se evaporó—. Porque los Jedi *pueden* amar, Bell. No somos droides y nunca deberíamos actuar como si lo fuéramos. Somos seres vivientes ricos en la Fuerza, con todo lo que ello implica. Alegría, afecto y, sí, también dolor. Experimentar esas emociones forma parte de la vida. Es la luz.

—Pero...

—Pero por mucho que experimentemos esas emociones, nunca deberíamos dejar que nos dominen. Un Jedi es el dueño

de sus emociones, no su esclavo. Añoras lo que podrías haber compartido con Loden si estuviera aquí. Y eso es natural. Yo también lo echo de menos. Y reconocemos ese dolor. Lo entendemos, incluso lo abrazamos, pero en algún momento...

—Lo dejamos ir —dijo Bell, devolviendo la mirada al *Innovador* de forma que Indeera no pudiera ver las lágrimas que sabía que asomaban a sus ojos.

La tholothiana le tocó el antebrazo a modo de consuelo.

—Nunca dije que fuera fácil. Solo como un giro lateral. —Aquello le hizo sonreír de nuevo, como también lo hizo el apretón que le dio antes de mirar la nave de nuevo—. Además, nadie se va realmente. No importa lo que ocurra. Loden estará contigo, ahora y siempre. Forma parte de todos nosotros.

Las lágrimas volvieron a agolparse en sus ojos.

—A través de la Fuerza.

—A través de la Fuerza —coincidió ella—. Lo crees, ¿verdad?

Él asintió con la esperanza de que eso la persuadiera, pues era muy consciente de cuando no lo estaba.

—Sí, por supuesto.

—Me alegra oírlo —dijo, sin sonar convencida—. Ahora, a menos que haya algo...

—Deberíamos bajar de esta plataforma y aprovechar el día de algún modo —dijo él, impaciente por poner fin a la conversación.

El comunicador de Indeera pitó antes de que pudiera decir nada.

—Quizá la Fuerza está de acuerdo contigo, mi no tan joven padawan —concluyó Indeera mientras sacaba el comunicador de su chaqueta color canela y activaba el canal—. Aquí Stokes.

—Soy Stellan Gios —dijo la voz del otro lado.

El timbre profundo característico del Maestro Jedi se vio ligeramente mermado por la enorme distancia que los separaba. Aunque Faro Starlight había mejorado sus comunicaciones, la red general todavía requería de algunos ajustes, incluso allí, en

el Borde Medio. La canciller Soh había prometido una línea funcional entre los faros desde el Núcleo hasta los rincones más remotos de la República, pero hasta que aquella promesa se cumpliera tendrían que lidiar con la estática y las interferencias que solían afectar a las comunicaciones.

—Disculpa, ¿puedes repetirlo? —tuvo que pedir Indeera debido a que la voz del Maestro Gio sonaba tan distorsionada que apenas era reconocible.

—Por supuesto —accedió—. Solo quería saber de sus progresos antes de informar al Consejo. ¿El *Innovador* estará listo para despegar puntual?

—Y antes de lo previsto —interrumpió Bell, que enrojeció de inmediato al darse cuenta de que había hablado sin interlocución directa de su Maestra. Indeera puso los ojos en blanco, aunque la sonrisa de sus labios, que no llegó a desvanecerse, sugería que aquello no le acarrearía ningún problema. Por muy sabia que fuera no era de las que se ceñían al protocolo.

—Me alegra oírlo... padawan Zettifar, ¿cierto?

Bell asintió, aunque Stellan no pudiera verlo.

—Sí, Maestro Gios. Los cyclorrianos son una maravilla, como lo es el *Innovador*.

—Pues estoy impaciente por verlo con mis propios ojos. Y por conocerte, claro. Nib Assek no hace más que ponerte por las nubes.

El rubor de Bell se acentuó.

—¿Está contigo?

—De camino a Valo, así es. Tiene ganas de volver a verte.

—Es muy amable —murmuró, sin saber muy bien dónde meterse.

—Y mi padawan es demasiado modesto, incluso para un Jedi —cortó Indeera—. La Fuerza lo ha bendecido, como ya comprobarás tú mismo, viejo amigo.

Bell alzó las cejas. No tenía ni idea de que Indeera conociera a Gios, y menos aún que fueran tan íntimos como su tono daba a entender.

—No lo pongo en duda —respondió Stellan—. Hasta Valo, pues. He oído que el cushnip en escabeche está para morirse.

—¿Mejor que lo que comimos en Theros Major? Ya lo juzgaré.

Se oyó la risa de Stellan al otro lado del comunicador.

—¿Por qué no me sorprende? Ahora, si me disculpan, tengo una cita con un droide cámara.

Esta vez fue Indeera la que se echó a reír.

—Bueno, si de ese modo te ascienden al Alto Consejo... Lo próximo será que la gente te pida autógrafos.

—Los mandaré a verte a ti. Gios fuera.

—¿Cómo es? —preguntó Bell en cuanto Stokes se guardó el comunicador en su chaqueta de cuero.

—¿Stellan? Uno de los Jedi más excelentes que he conocido. Nos conocimos en Caragon-Viner, mucho antes de ir a Elphrona. Es más joven que yo, claro, pero...

Indeera hizo una pausa y sus zarcillos carnosos y de color blanco se balancearon con suavidad sobre sus hombros. Bell no tuvo que preguntar. También lo sentía, un enfriamiento en la Fuerza, cuya llama disminuyó por un instante antes de encenderse con más vehemencia que antes.

—Algo va mal —dijo con sencillez, y Ascuá se incorporó al notar que el ambiente entre los dos Jedi se había enrarecido. Se le erizó el pelaje.

—Eso es casi un eufemismo —dijo Indeera, ya en dirección a la salida—. Informa al *Innovador* que vamos de camino.